

PRÓLOGO

La obra de Danilo Kiš (1935-1989) destaca por la excepcionalidad de su carácter, por su brillante capacidad de innovación literaria y su profunda meditación sobre la historia, la cultura y la condición humana. Al aproximarnos a su narrativa advertimos, desde las primeras páginas de cualesquiera de sus libros, cómo su singular escritura recibe la inspiración de los valores más esenciales y de las inquietudes más relevantes desde el punto de vista estético. Expresión de la existencia humana a merced de los totalitarismos y de la violencia, su obra se enfrenta a la densidad metafísica de un mal que lo abarca todo en el siglo xx. Testimonio de la intransigencia ideológica y de los delirios nacionales, la narrativa de Kiš, estimulada por una personal ironía, realiza una reconstrucción de la historia desde una memoria que es compasiva y creativa a la vez. Admirada por lectores y críticos, rechazada vehementemente por el establishment de su propio país, controvertida siempre, fue la suya una empresa literaria indisolublemente ligada a su propia vida, una vida bajo la sombra de la historia del siglo xx.

Convencido de que la literatura en este siglo no podía ser más que la descripción y la condena de la injusticia, concebirá la tarea del escritor como el incansable esfuerzo por levantar acta de la barbarie de nuestra época. Frente a todo intento de reducir al ser humano a la condición de hombre unidimensional, reivindicará una literatura que dice lo mejor de sí al representar la pluriforme riqueza de la singularidad; una literatura concebida como recreación de un mundo roto en pedazos por el delirio de la totalidad. Frente a la cosificación de los seres humanos, sus libros representan un memento pormenorizado, exhaustivo, con la visibilidad litúrgica de una letanía, de unos personajes que simbolizan todas las vidas truncadas por la violencia de la historia. Una actualización de vidas malhadadas; su recuperación moral para una historia que siempre tiende a olvidarlas.

A despecho de algunas interpretaciones apasionadas, Danilo Kiš no fue el profeta yugoslavo de las calamidades del nacionalismo y menos aún un visionario de la caída del Telón de Acero, por más que sus escritos destilen una inquietante clarividencia. Tampoco fue un escritor político ni un autor comprometido políticamente. Su obra, que no es menos metafísica que política ni menos estética que histórica o moral, solo admite como perspectiva aquella que sitúe como centro de esta la condición trágica del ser humano. Más allá de dogmatismos ideológicos y estéticos, la pasión por una literatura entreverada en la existencia será el santo y seña con el que se identifique Kiš desde sus inicios literarios. Voluntad de insuflar literatura a los hechos vividos, fusionando historia y ficción en la búsqueda de una percepción más profunda de la realidad. Joven escritor en el Belgrado de principios de los años sesenta del siglo pasado, soñará con una escritura capaz de recrear todas las vidas postergadas. En la materialización de este destino, sus libros buscarán ser poema y narración, conciliando la historia y la ficción, representar la música de los trenes que nunca retornaron, recopilando en extensos listados los nombres de todos aquellos perdidos en el humo y en la niebla. Una forma de vida inseparable del acto de escribir que se convertirá en la característica fundamental de la ficción kisheana.

En Kiš, la preservación de los mundos perdidos en la noche de la historia halla su única factibilidad posible en la ficción literaria, concebida como una epifanía mágica de la forma que hace emerger la verdad de los mundos clausurados. Y será ahí, en el despliegue de recursos estilísticos, en la cita y la recurrencia de la enumeración, donde las cosas y las personas desaparecidas vuelvan a recomponerse a partir de los fragmentos esparcidos por la barbarie y el olvido. Lo que se ha perdido, lo que ha desaparecido, debe ser nombrado, archivado. Los objetos y los seres humanos sepultados en las ruinas del mundo al que pertenecieron se hallan irremisiblemente consumados. Pero quedan, a pesar de todo, los nombres, las palabras, los símbolos, las huellas de ese mundo que, merced a la demiurgia del escritor, pueden retornar a la vida. Consciencia e inconsciencia del acto de escribir; poética inspirada y racionalidad de cuño renovado. La escritura, el despliegue de una prosa que levante acta de la infamia del mundo, será, para Kiš, inseparable del lirismo, del éxtasis de la iluminación. Esta trasposición filosófica o metafísica significará en su obra un salto intelectual sobre el vacío sentimental y el kitsch del patetismo. Una escritura traspasada por el tenue lazo de la ironía para salvar las distancias insalvables de los sentimientos más hondos y trágicos, expresándolos con el lenguaje universal de la existencia humana.

Paradojas del bien y de la belleza, el creador de ficciones tendrá como único compromiso la fidelidad a su destino de escritor. Danilo Kiš, autor de ficción trocado en archivero, transformará el gran relato en colecciones de retazos de vidas truncadas. Para ello, se aplicará una autoclausura obligada, una suerte de mantra negativo sobre la moralidad de lo literario: no recrear los grandes imperios perdidos ni las grandes culturas destruidas, no poner la pluma al servicio de las grandes sagas, de los grandes nombres, no crear grandes cuadros históricos. Escribir es para Kiš la labor de reconstruir restos, juntar ruinas, mostrar vestigios, fijar negro sobre blanco las sombras de aquellos caídos a los que la historia oficial no recuerda; escribir es salvar y preservar aquello que está a punto de desaparecer. Empresa arqueológica más allá de condicionamientos temporales, más allá de la premura de la inmediatez. No es extraño, pues, que su itinerario artístico, desde sus inicios en *La buhardilla*, pasando por *Una tumba para Boris Davidovich*, culmine en los relatos de la *Enciclopedia de los muertos*, historias de escribanías, de sepulcros, de tumbas vacías. Salvar del olvido lo individual será la empresa intelectual de un moralista beligerante ante la pretensión del discurso de la totalidad de anular la singularidad anónima de las víctimas. Al servicio de esa noble causa, una literatura fijada a lo particular, a la semejanza, a la diferencia sagrada de cada ser humano.

La disimilitud de cada ser humano con respecto a los otros –genuina y ambivalente condición– es el fundamento de la dignidad de la existencia humana. Este principio antropológico recorre toda la narrativa de Kiš. Derivada del mismo, la explicitación de una cosmovisión: el modo en que cada una de sus obras representa la creación de un universo de constelaciones donde los fragmentos adquieren vida y coherencia. Y, como una suerte de faros estelares que permiten la orientación entre estas constelaciones, los elementos recurrentes que se erigen como hitos en el universo narrativo kisheano: evocaciones familiares en forma de trasposición de fechas, objetos y situaciones; referencias reales a libros, documentos o hechos históricos; motivos geológicos, geográficos, cartográficos, que sirven como metáfora de la configuración de la conciencia y de la existencia humana. Todos ellos enuncian una interpretación de la realidad asociada a una forma de conocimiento según la cual el mundo es cada una y todas sus representaciones individuales.

Una literatura que da sentido a las vidas malogradas tiene como objetivo postrero dar sentido a la muerte. La literatura de Danilo Kiš anhelará propiciar el milagro, limitado e inmanente, de aportar densidad humana a las muertes que fueron condenadas al anonimato, confiriéndoles así una

razón de ser. En ese afán se esconde el impulso moral que aspira a una limitada, aunque real, victoria póstuma que niegue la última palabra del ser humano al olvido. Las vidas truncadas se convierten por mor de la escritura en vidas recuperadas. El escritor alza su pluma como memento y las páginas de sus libros se convierten en cenotafio. La escritura deviene así ritual que tiene como misión liberar a la muerte de su anonimato. Una nueva y mágica topografía de lo humano donde es posible construir una tumba con una fábula, escribiendo un epitafio, contando una historia.

El presente ensayo puede considerarse como un ejercicio de *lectura* kisheana. Aspira a una hermenéutica dialógica cuyos polos son la sistematicidad del análisis y la rica materialidad de los textos de referencia. Merced al proceso de lectura, el universo de Kiš, los tópicos fundamentales que están presentes en su obra, se tornan elementos dinámicos que permiten recrear, más allá de la historia personal del autor, una particular versión de la historia del siglo xx. Piensa Kiš que, en el acto de leer, los destinatarios de una obra literaria adquieren la posibilidad de adentrarse en un territorio jalonado por hitos cuya significación no responde necesariamente a la convencionalidad de las cartografías al uso. Por el contrario, estas señales despiertan la imaginación y activan el interés por *reconstruir* un mundo que tan solo se intuye. La «novela ideal» kisheana es un libro que, más allá de su lectura horizontal, se ofrece como una mágica enciclopedia cargada de conceptos que propician una rica y singular heurística. En este universo, dominado por la alternancia del azar y del orden, por vidas que son un esquema, pero también multiplicidad y cambio, los hombres y las cosas son catalogados hasta el infinito y mezclados hasta el infinito. Leer a Kiš es adentrarse en un camino imaginativo donde la conciencia de lector discurre por una sucesión de planos cada vez más compenetrados. Este juego transforma las nuevas referencias sobrevenidas en un mundo cada vez más complejo y seductor, en un mundo más vital, más humano.

CAPÍTULO 1

HOMO PANONICUS

(DOCUMENTOS Y FRAGMENTOS DE UNA HISTORIA PERSONAL)

Casi se me olvida: el sitio ideal para instalar un arpa de estas características es al borde de algún camino antiguo. El arpa de la que estoy hablando estaba situada al borde del camino de Correos, construido en la época en la que los romanos ocuparon Panonia. Debido a esta circunstancia la columna del arpa, como una antena, también recoge los sonidos de antaño; los acordes llegan del pasado tanto como del futuro.

D. Kiš, *El arpa eólica*.

1. PANONIA

Los libros de texto representan el último baluarte del antiguo ideal enciclopédico. Premeditadamente ajenos al universo virtual de la inmediatez y la fragmentación, ofrecen a sus destinatarios el conocimiento condensado de un mundo que carecería de representación si ellos no existieran. De la determinación de su conflictiva vigencia, fijada a la materialidad de la escritura, tal vez dependa la subsistencia de un modo de entender el saber configurado como cosmovisión.

En una de esas enciclopedias escolares encontramos una entrada cargada del mágico poder de la evocación y del simbolismo: *el mar de Panonia*¹. Extensión de aguas poco profundas, este mar se localizaba en el espacio de Europa Central conocido como llanura panónica. Se formó hace unos diez millones de años, en el Mioceno, cuando el mar de Paratetis quedó aislado y se dividió en varios mares, siendo el mar de Panonia uno de ellos. Durante el Plioceno, sucesivos aportes de sedimentos le dan su extensión definitiva. Conectado con el mar Mediterráneo a través del territorio actual de Baviera y de la cuenca de Viena, a través del estrecho de Dardap este mar de contornos míticos enlazaba también con otra extensión marina localizada en la cuenca de Valaquia. Durante el período de su

¹ Rodić, 1995.

nivel máximo las aguas del *Mare Pannonicum* llegaron a alcanzar el sur de Serbia. Como curiosidad, un golfo de este mar, localizado en el valle serbio de Morava, que se extendía hasta la depresión de Vranje, conectaba con el mar Egeo a través del valle también serbio de Preševo.

El mar de Panonia existió como mar independiente durante cerca de nueve millones de años. Sus últimos restos desaparecieron en el Pleistoceno, hace medio millón de años. En esta geografía escolar podemos leer una crónica sucinta de su desecación. En ella, el tiempo de la geología, denso hasta parecer eterno, se acelera. Afirma este texto que el agua del mar de Panonia fluyó a través del desfiladero de Dardap o de las «Puertas de Hierro», en el río Danubio, dejando tras de sí una amplia llanura, la llanura panónica, en las actuales Hungría, oeste de Rumanía y de Eslovaquia, norte de Serbia y Croacia y los extremos del este de Eslovenia y Austria. Elevadas sobre la llanura panónica pueden divisarse las montañas de Fruška Gora, entre Serbia y Croacia, y de Vršac, en la Voivodina.

El mar, la llanura y la región reciben el nombre del pueblo de los panonios, pueblo de etnia iliria que vivió allí desde tiempos remotos. Fue conquistada por Roma entre los años 35-10 a.C. En *The Archaeology of Roman Pannonia* hallamos una descripción de las dificultades que sufrieron los romanos para sojuzgar a los panonios. Parcialmente pacificada por Octavio Augusto (35 a.C.), las tribus del sur de Panonia invadieron Istria (16 a.C.) y se rebelaron dos años después. Agripa y M. Vinicio comandaron un contraataque victorioso (13 a.C.), pero se necesitaron nuevas campañas dirigidas por Tiberio (12 y 11 a.C.) antes de que Panonia quedase completamente conquistada. Ya como provincia romana, sus límites se establecieron al norte y al este con el río Danubio y al sur y al oeste con el Ilírico, Italia y el Nórico. Panonia formó parte del Ilírico inicialmente, pero tras la gran revuelta de los años 6-9 d.C. su territorio se reorganizó como una provincia imperial diferente. Hacia el año 106 Panonia se dividió entre Panonia Superior y Panonia Inferior. Siguiendo el mando de Diocleciano, las provincias de Panonia fueron divididas en cuatro provincias menores, Panonia I, Panonia II, Savia y Valeria, mientras que Constantino I decidió que fueran incorporadas a la Prefectura del Pretorio de Iliria. Cada vez más amenazada por incursiones bárbaras en el siglo IV, Panonia quedó gradualmente abandonada tras el año 395. Tras la desaparición del imperio de Occidente, un reducto de panonios romanizados sobrevivió alrededor del lago Balatón, manteniendo su lengua romance hasta el siglo X².

² Lengyel-Radan, 1980, 85-95.



Pannonia Romana, en G. Droysen, *Allgemeiner historischer Handatlas in 96 Karten mit erläuterndem Text*. Bielefeld: Velhagen & Klasing 1886, S. 16.

Una curiosidad en torno a Roma y Panonia. En *Mithras, the Secret God*, Vermaseren explica cómo el mitraísmo fue probablemente introducido en el Imperio Romano por legionarios que habían servido a Roma en las fronteras orientales del Imperio. Las primeras evidencias materiales del culto romano a Mitra, que datan del año 72 de nuestra era, apuntan en este sentido. Se trata de unas inscripciones hechas por soldados que procedían de la guarnición de Carnuntum, en la provincia de Panonia Superior, y que probablemente habían estado antes en Oriente, en guerra contra los partos y en los disturbios de Jerusalén³.

La cuenca de Panonia es un espacio rústico de culturas sepultas. En su fondo lacustre se han ido sedimentando a lo largo de los siglos las ruinas de reinos e imperios. Cortado transversalmente su fondo, salen a la luz la sucesión de capas que conforman el relleno histórico de su continente. Ruinas del Imperio Austrohúngaro, de las defensas contra los turcos, monumentos de la Contrarreforma, restos arqueológicos romanos, poblados panonios⁴. Toda esta amalgama de elementos físicos apunta hacia una vivencia histórica singular. Lugar de tránsito, zona fronteriza, límite frente a los bárbaros, Panonia fue históricamente el escenario de batallas que definieron

³ Vermaseren, 1963, 62.

⁴ Snel, en Cornis-Pope-J. Neubauer, 2004, 333-342.

los límites políticos de una Europa en transición. Para el escritor yugoslavo Miroslav Krleža, Panonia proyecta una historia negativa de ruinas, una historia que rememora culturas pasadas convertidas en signos de destrucción. Pero este espacio geológico, geográfico y arqueológico posee un simbolismo que trasciende la evidencia negativa de su historia. Danilo Kiš, al igual que Krleža o Alexander Tišma, representan Panonia como la búsqueda de un centro, de una unidad, frente al caos de la fragmentación política y nacional del mundo del cual este territorio de resonancias míticas es subsuelo y memoria. Panonia es, en este sentido, una suerte de hogar atávico cuya esencia y autenticidad es cultural. Ficción semántica a la vez que útil intersticio cultural, su *lingua franca* está compuesta por elementos literarios y artísticos rumanos, serbios, croatas, alemanes y húngaros. Las fronteras de esta república cultural son más duraderas que las nacionales, religiosas o políticas. Están sostenidas por valores culturales, no levantadas por el fervor racial o ideológico. Panonia es así, por extensión, el epítome de toda la virtualidad que hubiera debido o podido albergar la extinta Yugoslavia, el compendio de un mundo capaz de contener los envites del dogmatismo y de la intransigencia, del fascismo, de la sempiterna pretensión de supremacía de unos pueblos sobre otros. A su vez, la historia negativa que alberga el lecho panónico se alza como advertencia frente al fuego de los excesos políticos e históricos, como aviso del panorama de desolación y desarraigo humano que aguarda a aquellos que no saben leer el destino de los pueblos.

En el imaginario de Danilo Kiš, Panonia se presenta con los rasgos de una sutil distopía, un *topos* pleno de ambivalencia cuya fuerza simbólica está representada por la pluralidad de elementos naturales que lo conforman. Como las aguas del Edén, el mar panónico es fuente primordial. De él brotan ríos que marcan la vida y la muerte de un mundo que es concebido, por encima de todo, como mágica confluencia, como cruce de culturas. El flujo de sus aguas marca el paso del tiempo. Una cronografía y una cronotopía en la que relojes naturales marcan el compás de un tiempo que, denso como la corteza terrestre, se resiste a pasar.

Los objetos y las cosas emergen en la narrativa kisheana. Sacados a la luz desde las profundas capas del fondo perdido del mar panónico, estos restos e indicios adquieren su verdadero sentido en la actualidad de la conciencia. En esta arqueología revolucionaria del saber, los objetos excavados dan forma a una singular novela antropológica. Una novela en la que, aunando lo bello y lo útil, como si de un arpa eólica se tratase, se rescatan lejanos rumores, antiguos lamentos, el *sonido de los tiempos*, «pues el

sonido llega desde las profundidades de los tiempos y de la historia, como desde cuásares, desde estrellas lejanas»⁵. Panonia como metáfora de todos los mundos posibles y olvidados. Rescatados del olvido, del mundo desaparecido de ayer, como islas en medio de un mar, estos fragmentos serán transformados, merced al talento creativo de un literato, en el mundo de la vida de existencias olvidadas o perdidas. El mundo de E. S. y Andreas Sam, de Boris Davidovich o de Baruch David Neumann, el mundo de Dj. M., de Eduard Kohn, el mundo de Danilo Kiš.

2. ARQUEOLOGÍA FAMILIAR. HISTORIAS Y HALLAZGOS

Cuento panónico de invierno

«Afuera empezaron a caer plumas, blancas como la nieve, como si en el cielo estuvieran desplumando grandes gansos cebados de Panonia. Y todo el mundo se puso a recogerlas en sacos de yute: los comerciantes judíos y sus esposas, los ayudantes de los comerciantes y sus hermanas, los hijos de los comerciantes judíos y los hijos de los ayudantes. Porque aquella noche Jehová les había susurrado al oído, mientras dormían, que afuera iban a caer verdaderas plumas de ganso, y que nadie, excepto ellos, los escogidos, lo sabría. Y cuando hubieron llenado sus sacos, vieron de repente cómo comenzaba a caer del cielo, lentamente, en densos copos el suave plumón, pero ellos ya no tenían dónde recogerlo, porque ya estaban llenos todos los sacos, así como todos los edredones, todas las almohadas, todas las cacerolas y los barreños, todos los gorros y los sombreros. Entonces, ávidos de estos obsequios divinos y siguiendo el consejo de un viejo sabio, vaciaron todo lo que habían recogido hasta entonces y se lanzaron con más ansias aún sobre el plumón, como si fuera maná celeste: el precio de la pluma de ganso desbarbada había subido aquel año hasta una moneda de plata la medida. A la mañana siguiente, cuando lo hubieron guardado todo en sus trasteros y quisieron descansar al fin, algunos se acercaron a ver su tesoro, para asegurarse a la luz del día de que todo aquello no era un sueño. Los sacos y los edredones, las almohadas, las cacerolas y los barreños, los gorros y los sombreros, todo estaba lleno de una nieve húmeda y helada. Entonces, furiosos, fueron en busca de aquel viejo sabio para castigarlo, para apedrearlo, pero parecía que al viejo se lo había tragado la tierra. Entonces los más atrevidos y los más devotos alzaron la mirada al cielo y oyeron la voz de Dios que les decía: “Que esto os sirva de lección. No le pidáis al cielo más de lo que puede daros. Y en cuanto a lo primero que cayó, os lo digo,

⁵ PP 98.

eran realmente plumas, pero vosotros las arrojasteis al viento. Id a buscarlas y las encontraréis...»⁶.

Certificado de nacimiento (extracto de una breve autobiografía)

«Mi padre vino al mundo en Hungría occidental y fue educado en la escuela de comercio de la ciudad natal de cierto Sr. Virág, quien, por la gracia del Sr. Joyce, al final se convirtió en el famoso Leopold Bloom. Creo que fue la política liberal de Francisco José II unido al deseo de integración lo que llevó a mi abuelo a magiarizar el apellido de su hijo menor de edad, aunque muchos detalles de la crónica familiar permanecerán en la oscuridad para siempre: en 1944 mi padre y todos nuestros familiares fueron llevados a Auschwitz, y prácticamente ninguno regresó.

Entre los antepasados de mi madre se encuentra un héroe legendario de Montenegro que aprendió a leer y escribir en la edad de cincuenta, añadiendo así la gloria de la pluma a la gloria de la espada, y una amazona que se vengó de un déspota turco cortándole su cabeza. La rareza etnográfica que yo represento desaparecerá conmigo.

En 1939, cuando tenía cuatro años y fueron promulgadas en Hungría las leyes antisemitas, mis padres me bautizaron en la fe ortodoxa en la iglesia de la Asunción de Novi Sad. Eso salvó mi vida. Hasta los trece años viví en la región natal de mi padre en Hungría, a la cual huimos en 1942, tras las masacres de Novi Sad. Trabajé como criado para una familia de campesinos ricos y en la escuela fui a catequesis y estudié la Biblia católica. La “inquietante extrañeza” que Freud llama *Heimlichkeit* sería mi estímulo literario y metafísico básico. A los nueve años escribí mis primeros poemas, en húngaro; uno fue sobre el hambre, el otro un poema de amor *par excellence*.

De mi madre heredé la propensión a contar historias mezclando hechos y leyendas; de mi padre, *pathos* e ironía. Mi relación con la literatura también se ha visto afectada por el hecho de que mi padre fue el autor de un horario internacional, todo un legado cosmopolita y literario en sí»⁷.

Los reyes kázaros

«El apellido Kohn (que viene de Kohen, de donde procede probablemente, dicho sea de paso, el título de *kogan*, atribuido a los reyes kázaros) parece indicar que uno de mis bisabuelos fue rabino. Según ciertas alusiones que he hallado en las cartas de mi padre, sus antepasados se dedicaron

⁶ RA 352.

⁷ HP 3-4.

al comercio de plumas de ganso desde que llegaron a Hungría, probablemente procedentes de Alsacia, de donde ellos habían sido expulsados. Supongo que se trata de sus ancestros por el lado materno. Con sus frecuentes alusiones malévolas a los mercaderes de plumas, mi padre solía recordarles a sus sobrinos ricos sus orígenes modestos; esto era una suerte de moral o de admonición talmúdica. Mi abuelo paterno fue comerciante y terrateniente. En los bosques de su propiedad, donde se quemaba potasa, esta servía para la fabricación de loza para ollas y vajillas. Sus dificultades financieras fueron provocadas por un incendio forestal o por la competencia de la porcelana checa –que no utiliza potasa–, lo ignoro. Cuando quise ahondar más en nuestros orígenes los documentos ya habían desaparecido y todos aquellos que hubieran podido transmitir la tradición familiar estaban muertos o habían sido exterminados»⁸.

El voivoda Miljanov

«Los antepasados de mi madre eran guerreros. En cualquier caso, en Montenegro todo el mundo es guerrero, y el enorme revolver que se lleva a la cintura, sin funda, es parte integrante de la indumentaria masculina, al igual que el gorro típico. Y aunque por esos lares los árboles genealógicos no tienen en cuenta el linaje femenino –en lo cual su derecho familiar se diferencia absolutamente del de los judíos–, una de mis abuelas maternas permanece viva en la leyenda familiar como una amazona que habría cortado la cabeza de un tirano turco. Mi abuelo, el mismo héroe en numerosas batallas, interrumpió esta larga tradición al convertirse hacia 1910 en empleado de Correos: él supervisó la instalación de las líneas telegráficas en las montañas montenegrinas. Un pariente de mi madre fue el voivoda Marko Miljanov, del cual todavía hoy se leen con interés sus obras etnográficas, sobre todo sus *Ejemplos de nobleza de ánimo y de heroísmo*, así como sus obras literarias. Este célebre guerrero aprendió a escribir en la cincuenta; su escritura es cuadrada y difícil, y a causa del encadenamiento de sus frases sin párrafos y de la ausencia de puntuación, sus obras se parecen a esos textos escritos sobre tablas de arcilla»⁹.

3. BIOGRAFÍA

Preguntado unos años antes de su muerte por su reticencia a aportar información sobre su infancia y adolescencia, datos personales que facilitarían

⁸ RAE 186.

⁹ RAE 185.

la aproximación biográfica al contenido de su obra, Danilo Kiš aludía al carácter arcano y mítico de esos años de aprendizaje. «Toda mi infancia es una ilusión, una ilusión de la que se nutre mi imaginación», afirmaba¹⁰. Objetivar esa imaginación en el marco reductor de los datos biográficos representa, para el escritor yugoslavo, una pérdida, una limitadora constricción. Ya que la vida no puede reducirse a los libros, pero tampoco los libros pueden ser reducidos a la vida, rastrear la infancia de forma lírica, «única y definitiva», devendrá camino existencial y *forma* de «la única infancia». Así, en Kiš podemos encontrar una suerte de confluencia metafísica donde terminan siendo casi indiscernibles la verdad de la vida y la verdad literaria. Ambas se compenetran de tal manera que es casi imposible establecer la frontera entre ambas. Recreados el tiempo de la infancia y la vida familiar de modo novelístico, cualquier otra interpretación de este ajena a ese carácter literario representa para el autor un empobrecimiento. ¿Cuál es la única biografía posible, se pregunta Kiš? La única biografía ideal e interesante sería aquella que contuviera la biografía de todos los hombres de todos los tiempos. Y a tal *ilusión* solo se puede tener acceso, sobre todo en lo que se refiere a la infancia, desde la forma literaria. Los libros, dice Kiš, no son otra cosa que los archivos personales y familiares del escritor. Estudiar una novela o la obra completa de un autor es indiscernible de estudiar los documentos personales de un escritor. De este modo, la biografía del autor se convierte en palimpsesto, en el archivo saqueado y revuelto de un terapeuta: «En cuanto a mí, en mi prosa yo me tiendo desvergonzadamente en el diván del psicoanalista, e intento, a través de las palabras, de remontarme a mis traumas, a la fuente de mi angustia. Una confesión así es la prosa. Prosa de la vida y del mundo»¹¹.

Hallamos, pues, una paradoja al aproximarnos a Danilo Kiš, de la que el propio autor no es ajeno: por un lado, en sus libros aspira a la verdad de la vida y, por otro, considera esta misma verdad, los hechos de los que se nutre su literatura, como privados, no literarios y no significativos. Sin embargo, esta paradoja presenta un peculiar elemento contradictorio: las reticencias, justificadas o premeditadas, terminan liberándose de modo progresivo, generándose, paso a paso, entrevista a entrevista a lo largo de los años, una clase muy singular de *iluminación bio-bibliográfica*. Un esclarecimiento que se inicia con el fin de su trilogía *Circo familiar* y que representa, en este sentido, el esfuerzo por recomponer en el plano de la objeti-

¹⁰ RAE 175.

¹¹ RAE 77.

vidad las raíces vivenciales de una más que personal experiencia estética. Más celoso de su integridad artística que de su intimidad, en Kiš la obra de arte somete al *residuo amargo de la experiencia*, lo reduce y lo libera. La literatura, que se nutre de lo particular, integra esta individualidad en una perspectiva general, universal. Solo así puede «representar» con autenticidad y verdad. La literatura, en el universo kisheano, se rebela frente al reduccionismo de las minorías y de la particularidad, frente al solipsismo del yo o del nosotros. En ese indiscernible binomio vida-literatura, el itinerario de la propia existencia, jalonado de pruebas y tragedias, adquiere los rasgos de un destino atávico, un «destino ashaveriano, judío»¹². Destino problemático, es asumido por el autor como fuente inagotable de inspiración poética. Problemático más para los otros que para él mismo, destino no elegido, aunque sí asumido. Tal como confiesa, como una suerte de compensación frente a este sino azaroso intentará desarrollar unos procedimientos literarios variados y una amplia galería de personajes para escapar a cualquier tentación particularista. De ahí la contención biográfica en un autor de por sí nada taciturno. Pero no solo. En una conversación con un medio holandés, a mediados de los años ochenta, desvelará que la ausencia intencionada de ciertos datos biográficos ordinarios en sus entrevistas no debía achacarse tan solo a su discreción sobre esa parte de su pasado personal y familiar de naturaleza traumática. La elusión de estos hechos, afirmaba, estuvo siempre condicionada desde sus inicios como escritor por la idea de evitar cualquier forma de presentación personal en el mundo literario yugoslavo que supusiera una suerte de biografía realista-socialista típica. Dado que esta cuestión era un componente típico de los cuestionarios clásicos sobre el «origen social», un modo de probar que la herencia familiar antifascista servía para probar que el candidato seguía «la línea», Kiš optó desde sus inicios como escritor por una biografía exenta de cualquier atisbo de banalidad «con la que seducir a la opinión pública y a las instancias políticas»¹³.

Danilo Kiš nació en 1935, en Subotica, en la actualidad ciudad de la Voivodina serbia y hasta 1918, con el nombre húngaro de Szabadka, importante ciudad del Imperio austrohúngaro. Su padre, Eduard Kiss (*né* Kohn), judío húngaro oriundo de Kerkabarabás, en las proximidades de Zalaegerszeg, en el sudoeste de Hungría, fue un empleado administrativo de los ferrocarriles húngaros. Deportado a Auschwitz en 1944, su muerte allí y la peculiaridad

¹² RAE 112.

¹³ RAE 117.

de su carácter determinarán a Kiš para siempre. La madre, Milica Dagrícević, cristiana ortodoxa, era originaria de Montenegro. Esta es en parte la razón que propicia el que, en 1939, a la edad de cuatro años, Kiš sea bautizado en la iglesia de la Asunción de Novi Sad; un bautizo «preventivo», con miras sobre todo a proteger al niño de las persecuciones antisemitas que ya por aquel entonces se estaban gestando. Tras las macabras *Jornadas Frías* de enero de 1942, donde judíos y serbios de Voivodina fueron asesinados en masa por fascistas húngaros, los Kiš hallarán precario cobijo en el pueblo natal del padre. *Salmo 44* y la trilogía formada por *Penas precoces*, *Jardín, ceniza* y *El reloj de arena*, reconstruyen este trasfondo histórico, así como las trágicas vivencias familiares asociadas a él.

Terminada la guerra, en 1947, Kiš es *repatriado* junto a su madre y su hermana Darica a Montenegro. Allí cursará sus años de bachillerato. Sus recuerdos de aquellos años son los de una vida monótona, desesperadamente provinciana y triste. Estos «años de aprendizaje» juvenil en Cetinje estarán marcados por la huella de la desaparición del padre y la muerte temprana de la madre. Él y su hermana son acogidos en casa del tío materno. Allí, cobijado en la biblioteca de la casa, en los libros y enciclopedias del «mundo de ayer», el joven Kiš descubre una forma singular de existencia. Mientras que unos soñaban con cruzar la frontera y otros, en tiempos anteriores, con unirse al maquis, él hará ambas cosas sumergiéndose en los libros¹⁴. Comienza a buscar respuestas a la complejidad de un mundo roto; respuestas que ni la enseñanza oficial del liceo al que asiste ni la ideología que lo impregna todo pueden aportarle. Tampoco puede hallarlas en la religión, desplazada de lo público y ausente, por mor de la complejidad de sus propias vivencias, del ámbito familiar. A través de la «bruma ideológica», la literatura, convertida en pasión, se erige en sustento vital a la vez que en educación paralela. Traduce, por el mero placer de su lectura, poesía francesa, húngara y rusa. Lee con pasión a los poetas yugoslavos de entreguerras. Gracias a la lectura del gran poeta húngaro Endre Ady, descubre que «otros» ya han expresado antes y mejor que él cada uno de sus estados de ánimo. Por su mediación espiritual, el bisono escritor en ciernes conocerá el amor, el sufrimiento, las diferentes fases de la vida y la muerte. Gracias a ellos –o, por desgracia para el poeta en ciernes, por su causa–, liberará la carga poética y lírica acumulada hasta los veinte años, renunciando a escribir poesía y orientándose definitivamente hacia la prosa¹⁵.

¹⁴ RAE 11.

¹⁵ RAE 198.